

nuado, hay tres pasos que son los de mayor peligro: el Paso del Gobernador, porque en él se volcó el que lo era de Mainas, perdiendo la hacienda y vida de dos indios, y éste es a quien por antonomasia llaman el Salto del Marañón. El segundo llaman los Manseriches. Aquí bate el río grandes peñascos con tanta violencia, que resurriendo sus corrientes, bullen hacia arriba, abriendo grandes olas y muy profundos remolinos. El último llaman los Hornillos, por la semejanza que de ellos tienen unas concavidades que el río ha hecho en las peñas, donde abrió grandes tragaderos, olas, reventones y remolinos. Luego, inmediatamente, está poblada la ciudad de San Francisco de Borja. No hay duda en la verdad de estos riesgos, pero certifico a V. R. que siempre que los paso, me confunde el ver que sus primeros descubridores y los que en ellos han perecido no fueron obreros del Santo Evangelio ni recogedores de la sangre preciosísima de Nuestro Señor Jesucristo. Mercaderes, sí, de humanos intereses, obreros de la vanidad y riquezas. Y si la codicia de esta tierra les hizo descubrir con tanto riesgo tanta tierra, ¿en qué razón quiere imposibilitar tanto estas misiones gloriosas a los operarios del cielo?»

Explica después el P. Cueva el inconveniente que hay en llevar soldados al lado del misionero. Los tales hombres suelen ser la ruina de la misión, porque los indios huyen de ellos como de la muerte. No deben ir los soldados al lado del sacerdote. También es reparable la circunstancia de no poder estar dos misioneros juntos, mientras sean tan pocos. Es de esperar en la misericordia de Dios, que suplirá la falta de compañía, porque de este modo se hará más fruto en los gentiles. Por último, advierte que con el tiempo se podrán suavizar algún tanto las dificultades de la vida en aquellas tierras salvajes. Al principio es necesario resignarse a comer ratones, lagartos, monos y otros animales que causan horror a la naturaleza; pero poco a poco se van aclimatando las gallinas, los cerdos y otros animales llevados de Europa, que suelen ser nuestro ordinario sustento. Propone, pues, el P. Cueva, que no se abandone, sino que se promueva aquella gloriosa misión, con esperanza de mucha gloria de Dios.

El P. Cugía, llevando en las manos este relato, explicó en Quito al P. Fuentes y a los demás jesuitas el estado de aquella empresa apostólica y las esperanzas que había de recoger mucho fruto en las numerosas tribus que habitaban a la orilla del Marañón. Apoyó los argumentos que traía escritos del P. Cueva, y consiguió que se inclinasen los Superiores a reforzar la misión en vez de levantarla. En 1641 se

dieron al P. Cugía dos operarios fervorosos, que eran el P. Jerónimo Pérez y el P. Francisco de Figueroa, nacido en Popayán, y que con el tiempo había de ser el protomártir de estas misiones. Desde Quito hasta Borja tardaron cinco meses, porque fueron dando misiones en todos los pueblos de españoles que encontraban al paso. Por fin, ya entrado el año 1642 llegaron al campo de sus fatigas (1), y el P. Cugía dispuso que los otros dos misioneros pasaran a la misión de Geveros, para extenderla, en compañía del P. Lucas de la Cueva.

No fueron infructuosos los trabajos de estos tres Padres. Además de los indios llamados propiamente geveros, con los cuales el P. Cueva había formado la primera reducción, extendiéronse a otras tribus de infieles, acercándose hasta el río Huallaga, y al cabo de tres años tenían ya otras tres cristiandades que el P. Figueroa llama añejos, y eran: el pueblo de San Pablo de Pandabeques, Santo Tomás de los Cutinanas y San José de los Atahuates. Estos tres pueblos tenían sus pobrecitas iglesias con campana, y allí se reunían los indios y decía misa el Padre cuando los iba a visitar (2).

Entretanto el P. Cugía hizo otra excursión en busca de los cocamas, por haber oído decir a los indios, que éstos eran el pueblo más numeroso que había en todos aquellos países. Entró por el río Huallaga agua arriba, y se encontró con una tribu de estos cocamas, a los cuales, por medio de intérprete pudo convidar con la paz de los indios cristianos. Hasta entonces habían sido perpetuos enemigos los cocamas y los geveros. El P. Cugía hizo todo lo posible para reconciliarlos, y aunque por entonces no consiguió establecer cristiandad entre los cocamas, pero dejó, como quien dice, preparado el terreno para entablar algún género de amistad y de alianza entre ambos pueblos. Con esto se volvió otra vez a Borja, donde necesitaba asistir de ordinario, para atender desde allí a la dirección de las misiones (3).

Algunos años después, el P. Jerónimo Pérez entró a fundar cristiandades en los pueblos visitados por el P. Cugía. Después de mil viajes, vueltas y revueltas entre aquellos ríos y bosques; después de mil invitaciones, después de mil tentativas, logró por fin en el año 1649 reunir tres pueblos de cocamas, de los cuales los principales eran uno llamado Santa María de Huallaga, cercano a este río, y

(1) Dice el P. Figueroa que cuando llegó al Marañón «el nombre con que nos llamaban los españoles e indios era *los Padres santos*, y este nombre hallé cuando vine a estas misiones el año de 42».

(2) Figueroa, *Relación*, n. 4.

(3) Figueroa, *Relación*, n. 5 y 7.

otro, Santa María de Ucayale, vecino al grande río de este nombre, donde vivía el principal grupo de cocamas y por lo cual le dieron los misioneros el nombre de la Gran Cocama.

6. Progresaba, pues, lenta, pero constantemente, la obra evangélica en las orillas del Marañón. Consolidábanse los primeros pueblos, y los cuatro Padres iban adquiriendo noticia de numerosas tribus que vagaban a no mucha distancia de aquellas cristiandades. Juzgó oportuno el P. Cugía hacer otro viaje a Quito para informar a los Superiores de los progresos de su misión, pedir refuerzos de misioneros y también el socorro de algunos regalitos para ganar a los indios y atraerlos a la vida civil. En este segundo viaje no tuvo dificultades en persuadir lo que deseaba. Las noticias más extensas y cumplidas que ya se habían recibido en Quito sobre las misiones del Marañón, despertaron muy pronto vocaciones entre los Nuestros, y pudo el P. Rector de Quito suministrar al P. Cugía tres nuevos operarios, de los cuales el más ilustre fué el P. Raimundo de Santa Cruz. En 1651 volvieron todos cuatro a Borja y desde allí repartió sus compañeros el P. Cugía por las misiones ya establecidas. El P. Raimundo de Santa Cruz se distinguió desde luego por su celo infatigable y por su fervor apostólico en soportar trabajos por amor de Dios. Era un joven misionero nacido en Ibarra, hijo de un caballero aragonés, y estaba dotado de todas las prendas que hacen cabal a un operario evangélico. En muy poco tiempo aprendió la lengua de los cocamas y empezó a trabajar en las orillas del río Huallaga. Habiendo tenido noticia de que a no mucha distancia existían dos tribus llamadas de los barbudos y aguanos, penetró hasta ellos acompañado de algunos indios cocamas, logró convertirlos y formó en breve tiempo con los barbudos el pueblo de San Ignacio, y con los aguanos el de San Javier. Estos indios le dieron noticia de otros que se extendían en la misma dirección y se llamaban muniches, chayavitas y paranapuras. El P. Santa Cruz lanzóse derecho a la conquista espiritual de estas tribus, y desde entonces hasta su muerte nunca cejó en esta empresa de convertir nuevas almas para Dios (1).

Mientras de este modo se activaban los trabajos en las misiones del Marañón, el P. Cugía fué llamado a Quito por la santa obediencia para ser Rector de aquel colegio y como Viceprovincial de todos los Nuestros que estaban en Quito, pues aunque la división de vicepro-

(1) Las expediciones del P. Santa Cruz están bien explicadas por el P. Chantre (*Hist.*, l. 3, c. 10 y sigs.). El P. Figueroa las apunta, pero no con tanta precisión.

vincia no se había ejecutado, pero el Rector de la capital tenía que hacer las veces de Provincial en los casos ordinarios. Abandonó la misión el P. Cugía después de haber trabajado quince años en ella y dejando fundados los pueblos siguientes: 1, San Ignacio de Mainas; 2, Santa Teresa de Mainas; 3, San Luis de Mainas; 4, Limpia Concepción de Geberos; 5, San Pablo de Pandabeques; 6, San José de Atahuates; 7, Santo Tomás de Cutinanas; 8, Santa María de Ucayale (de cocamas); 9, Santa María de Huallaga; 10, San Ignacio de Barbudos; 11, San Javier de Aguanos; 12, Loreto de Paranapuras. A estas cristiandades añade el P. Chantre (1) un anejo de pandabeques y chindacuchucas, nombre peregrino que por primera vez aparece en esta relación.

El número de indios reducidos en estos pueblos no era todavía muy grande, pues aunque tenían conocidos hasta cerca de 70.000 indios en las riberas del Marañón y de sus afluentes, pero los cristianos eran pocos, porque los Padres bautizaban a los enfermos de peligro de muerte y dilataban el bautismo a los sanos hasta que estuvieran bien instruídos; y como la rudeza e inconstancia de estos indios era mayor de lo que nos podemos imaginar, íbase lentamente en el bautismo de los neófitos, para asegurar mejor la perseverancia de los convertidos (2). De vez en cuando visitaban estos pueblos aquellas epidemias que tantos estragos suelen hacer entre los indios y negros, como eran la viruela y otras enfermedades. Con esto se disminuía la población cristiana y se acrecentaban los trabajos de los misioneros, que difícilmente podían remediar tantos males. No dejaremos de copiar una reflexión profunda que el P. Francisco de Figueroa escribió en su relación acerca del poco aumento, o, por mejor decir, de la disminución de los indios, siempre que se los reducía a pueblos. Oigamos sus palabras: «Suelen traer, dice el Padre, cuando se reducen, numerosa chusma que era bastante a que fuese en aumento esta provincia; pero no es así, sino que la mayor parte de la que traen se muere en llegando a estos aires y temple de Borja, aunque no haya peste, y cuanto se fecundan en el monte y sus quebradas, viviendo a sus anchuras, tanto se esterilizan en este territorio, donde hay poco múltiplo (multiplicación) y logro de las criaturas que les nacen, quizá por no tener sus comidas en abundancia y verse en sujeción

(1) L. III, c. 14.

(2) Véase la *Relación* del P. Figueroa desde el núm. 12 en adelante, y las juiciosas reflexiones que hace sobre la lentitud con que se procedía en la administración del bautismo.

sin la libertad y vida holgazana en que se crían y connaturalizan en estas tierras, siéndoles la sujeción contra su natural para la procreación, como se ve en las aves silvestres, que, cogidas o enjauladas, se esterilizan» (1).

Los más fuertes obstáculos que experimentaban los misioneros, los explica el P. Figueroa por estas palabras: «Quedan otras dificultades en que no se padece poco, que son algunas bárbaras costumbres incompatibles con el Santo Evangelio y leyes cristianas, como son las matanzas de unos contra otros, muchedumbre de mujeres en algunos, el repudio de las que tienen para casarse con otras, supersticiones y otros vicios, principalmente el de la lujuria, que quisieran conservarlos y ser cristianos juntamente. Las más de estas costumbres se vencen finalmente con la doctrina y persuasión de los Padres y con el brazo de la justicia, necesario y forzoso, dándose las manos el Evangelio en la enseñanza y la justicia en castigar y reprimir desafueros y delitos, que los Padres no pueden por sí solos ni remediar ni castigar, pues no son jueces ni verdugos para ahorcar ni efectuar otros castigos, que si no los hace la justicia secular, quedarán los males sin remedio. Es error y temeridad, por falta de experiencia (si no es por milagro que Dios obre) el tratar de predicar y entablar cosa de importancia en estas gentes, sin escolta y brazo de españoles, porque la misma brutalidad y costumbres fuera de razón de estos indios, están clamando por justicia que los obligue, corrija y reprima» (2). En estas últimas palabras vemos la diferencia que había entre estas misiones y las del Paraguay. Los Padres del Paraguay esquivaron absolutamente la presencia de los soldados españoles. En cambio, los de Quito admitieron que estuvieran los soldados en Borja, pero que no anduvieran al lado del misionero. Debían mantenerse a lo lejos y entrar solamente cuando ocurriesen crímenes mayores dignos de castigo. Entonces intervenía la justicia seglar, y de este modo se ponían las cosas en orden. Dejamos para el tomo siguiente la prosecución de estas célebres misiones del Marañón, que tanta gloria dieron a Dios a fines del siglo XVII y principios del XVIII. Por ahora bástenos haber indicado el principio trabajoso y heroico que tuvieron en tiempo del P. Vitelleschi.

(1) *Relación*, n. 3.

(2) *Relación*, n. 15.

CAPÍTULO VII

LA PROVINCIA DEL NUEVO REINO DE GRANADA DE 1615 A 1652

SUMARIO: 1. Fundaciones nuevas y progreso de la provincia.—2. Conatos de fundar Universidad en Bogotá.—3. Emprenden nuestros Padres las misiones de infieles en los Llanos.—4. Se interrumpen estas misiones por la persecución de D. Julián de Cortázar, Arzobispo de Bogotá.—5. Pleito ruidoso con el Sr. Almansa, sucesor de Cortázar.—6. Visita del P. Rodrigo de Figueroa.—7. Estado general de la provincia en 1652.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS.—1. *Novi Regni. Epistolae Generalium*.—2. *Novi Regni et Quitensis. Historia*.—3. Varios documentos del Archivo de Indias.—4. *Novi Regni et Quitensis. Fundationes collegiorum*.

1. La historia de la Compañía en el Reino de Nueva Granada durante la primera mitad del siglo XVII se nos presenta bastante oscura y borrosa. No hemos descubierto ningún autor que describa con alguna claridad la serie de los sucesos en esta parte de nuestra Compañía. Sólo poseemos el libro antes citado del P. Casani, que sólo sirve para apuntar aisladamente unos cuantos sucesos y no para tejer el curso seguido de nuestra historia en todo el espacio indicado. Mientras no aparezcan nuevos documentos, nos habremos de contentar con una relación algo fragmentaria, que asegure solamente los principales acontecimientos de nuestra Compañía en aquella extensa región.

A la muerte del quinto General empezaba a ser Provincial del Nuevo Reino el P. Manuel Arceo; y de cierta carta dirigida a su antecesor por el P. Aquaviva el 1.º de Enero de 1615 se desprende que el estado de la provincia era, en general, satisfactorio. «Por la cuenta que V. R. da, dice Aquaviva, de los sujetos y puestos de esa provincia, consta que el Señor les va haciendo merced de que comúnmente haya observancia y fervor en acudir a los ministerios de prójimos, de que damos gracias a Su Divina Majestad, suplicándole que lo lleve adelante y despierte y avive el cuidado paterno en sus ministerios, para ayuda espiritual de los que lo han menester» (1).

Recuérdese la extensión que entonces alcanzaba esta diminuta provincia. Constaba de un colegio principal en Bogotá, al cual se

(1) *Novi Regni. Epist. Gen.* A Lyra, 1.º Enero 1615.